

y de errores se ofrece á nuestra vista cuando contemplamos al hombre en general. Pero este, así en lo que tiene de grande, como en lo que presenta de bajo y degradado en el sistema de su conducta, nos manifiesta una fuerza de acción tan poderosa como espontánea; y todos sus hechos suponen por lo mismo la existencia de un secreto principio, notablemente superior á cuanto procede de la materia, y está sujeto al imperio de los sentidos. Tal es la idea con que se nos manifiesta el hombre. Pero ¿cuál ha de ser el término de esta criatura? ¿cuál es el número que ha de servirnos para computar su duración? El vive algunos días, y muy pronto desciende al sepulcro. Un siglo basta para despoblar la tierra. Es fácil computar la vida, pero en extremo difícil representarse el número de generaciones que duermen en el polvo. Mas qué, ¿el hombre muere cuando deja ya de figurar en la escena de la vida humana? ¿Su espíritu, esta porción querida que el Altísimo animó con su aliento divino, y se complació sobremañera en criar á su imagen; su espíritu, repetimos, dormirá también en el polvo juntamente con los restos de su cuerpo? A esta pregunta responden la conciencia, la humanidad entera, la naturaleza misma, Dios en fin, que el hombre no muere todo, y que el alma, cuando ha dejado ya de animar el cuerpo humano, se lanza á otra región, á donde no puede extenderse el dominio del tiempo.

El alma es inmortal: verdad sublime, verdad fecunda que todo lo engrandece, todo lo explica, y que no podría, por lo mismo, desconocerse, sin destruir á un solo impulso todas las verdades, todas las creencias, todas las instituciones. El temor y la esperanza son dos eternas columnas en que descansan igualmente la política y la moral. Las bases de estas columnas están depositadas en una profundidad, donde no ha tocado ni podrá tocar nunca la mano del hombre. Destruíd el dogma de la otra vida, y bien podéis profetizar la universal desolación, el exterminio absoluto de los hombres y de los pueblos. Pero la misma importancia de este dogma, íntimamente ligado con los planes de la Providencia, nos inspira la mayor seguridad respecto de su conservación, persuadiéndonos que no será nunca la presa de las pasiones, ni cederá jamás á los vanos prestigios de una elocuencia corruptora. ¿Dónde está la fuerza que baste á sofocar el agudo y penetrante grito del remordimiento, ó á detener los nobles impulsos de la esperanza? El poderoso, por mucho que le seduzcan los atractivos de la grandeza, ó le deslumbren los brillantes rayos del oro, no dejará nunca de temblar á vista de los tristes resultados de una prosperidad culpable;

y el infeliz aguardará la tumba para reclamar en otro mundo mas bello, la digna recompensa de la virtud perseguida, y los ultrajes hechos á la doliente humanidad.

Cuando se trata de la inmortalidad del alma, parece que deberíamos remitirnos á la conciencia individual, prescindiendo del empeño de una demostración filosófica: sin embargo, diremos algo sobre este punto, porque siempre es muy grato repasar los títulos que tenemos á una ventura eterna. No manifestaremos aquí el sumo interés que tiene la sociedad en fortificar la creencia de este dogma: dejemos las razones de congruencia, para buscar únicamente las pruebas directas que deduce la filosofía de la naturaleza del hombre y del orden moral.

## CAPITULO I.

### EL ALMA ES INDESTRUCTIBLE POR SU NATURALEZA.

La esencia espiritual de nuestra alma, sus potencias, sus inclinaciones, sus sentimientos mas constantes, son, sin duda alguna, otros tantos argumentos evidentes de su inmortalidad. Cualquiera de ellos, considerado absoluta y separadamente, basta para establecerla y persuadirse de ella: ¿qué será cuando se trata de una reunión de pruebas mutuamente sostenidas y que se dirigen todas á convencernos de esta grande verdad!

Las pruebas tomadas de la naturaleza del alma, comprenden: primero, su espiritualidad; segundo, la acción de sus potencias; tercero, las inclinaciones y sentimientos mas comunes entre los hombres.

¿Qué diremos de lo primero? En el primer libro hemos dado una demostración directa de que el alma es espiritual: esta es una verdad, cuya inmediata consecuencia es la inmortalidad. El cuerpo humano se destruye, porque estando compuesto de partes, y siendo capaces estas de nuevas combinaciones, es muy fácil que separadas aquellas unas de otras, ó combinadas con alguna sustancia capaz de perturbar é impedir el uso de los órganos, ó las funciones animales, produzcan la destrucción del cuerpo y hagan cesar la vida. ¿Y podremos formar el mismo raciocinio respecto del alma? Esta es simple, es inextensa: como simple no tiene partes que se disuelvan; como inextensa, es incapaz de com-



binarse con una sustancia extensa, y por tanto, es incapaz de perecer por la separacion, ó agregacion de las partes: luego el alma es inmortal por su naturaleza.

## CAPITULO II.

### PRUEBAS TOMADAS DE LAS POTENCIAS DE NUESTRO ESPIRITU.

Las potencias admirables de nuestro espíritu llevan impreso en sí mismas y en sus obras el sello glorioso de la inmortalidad. La noble facultad que tenemos de espiritualizarlo todo, digámoslo así, conservando fielmente en el alma el número, la variedad y las relaciones que alcanzamos de los objetos materiales que hai en el universo, está en abierta contradiccion con la hipótesis grosera del aniquilamiento del alma. Por siglos es preciso contar la duracion de la materia: por espacio de casi seis mil años el sol y la luna prosiguen su curso constante; la naturaleza continúa subordinada á las mismas leyes, y un solo átomo de materia no ha perecido: y el sugeto en quien reside el pensamiento, este poder soberano que subyuga, por decirlo así, todo lo criado; que gobierna la materia; que todo lo somete al imperio de la razon humana, ¿habia de perecer, y esto despues de algunos años! ¿Suposicion absurda, que desmiente nuestra conciencia! Esta me dice que soi algo mas que la materia inerte, y que mi alma verá la destruccion universal, sin quedar sujeta al naufragio comun.<sup>1</sup>

La facultad que se nos ha concedido de extender nuestros conocimientos mas allá del universo; la noble y vasta carrera abierta á la imaginacion, carrera sin límites, que ella prosigue al través de la inmensidad del espacio y del tiempo, y á pesar de su imperfeccion; los descubrimientos admirables que debemos á la filosofía; las invenciones prodigiosas con que de tiempo en tiempo sorprende el arte al hombre y á la naturaleza; el sublime poder de elevarnos al conocimiento de Dios y á la contemplacion de su grandeza: he aquí las obras del pensamiento. Quitad al alma su inmortalidad, y todo esto queda inexplicable. ¿No es cierto que solo al pensamiento ha sido dado, no ya computar el tras-

<sup>1</sup> Mas superior al tiempo y á la muerte,  
Mi alma, verá del mundo la ruina,  
A la futura eternidad ligada.—*Heredia*

curso de los siglos, sino reunir en un punto los dos extremos del tiempo, y abismarse en el profundo seno de la eternidad? ¿Qué otra criatura que el hombre, ha podido comprender el sentido de esta palabra, y servirse de ella contra los embates de la adversidad, la inconstancia de los hombres y los caprichos de la fortuna! Sin duda, es preciso confesarlo, sin duda alguna no puede estar reducido á los estrechos límites de un corto número de años este ser angusto, que al solo impulso de su voluntad, traspone el espacio en que giran los soles, á fin de retirarse de los términos del mundo; desdeña todo lo que se mide y numera, y se lanza sin esfuerzo á las regiones infinitas á donde no puede alcanzar la mano del tiempo.<sup>1</sup>

Un supremo admirador de la antigüedad finge hallarse junto al sepulcro de los Scipiones: su imaginacion ardiente hace salir de sus tumbas á los ilustres muertos que en épocas lejanas animaban la escena de Roma: siente hallarse al frente de Ciceron: la presencia de este grande hombre le recuerda los triunfos de su genio; y la inmortalidad del alma viene en auxilio de su razon, para explicar el contraste que resulta de las destrucciones del tiempo y la conservacion perdurable de los pensamientos antiguos. “Que el tiempo devore á su arbitrio, dice, las obras de piedra y de barro, nada importa: ellas al fin se reproducen bajo la mano poderosa de los soberanos; y las obras maestras de un siglo son á veces excedidas por las de otro, como lo vemos aun en nuestros días; pero lo que no puede ni tocar siquiera la guadaña del tiempo, son las producciones del alma, que no está en el poder del oro y la grandeza crear ó destruir. “¡Ah! ¿Qué nos importa la pérdida de algunos mármoles, el desmoronamiento de algunos muros, cuando poseemos la mayor parte de tus ilustres escritos, cuya lectura bastaría por sí sola, en defecto de otras pruebas, para conven-

<sup>1</sup> Los lazos que me ataban á la tierra,  
Aflojarse sentia; y libre el alma,  
Lanzábase, dejando atras los siglos,  
Al espacio sin límites. . . . ; Si vieras  
Lo que es la triste vida, comparada  
A aquella inmensidad. . . . .  
Allí vieras el término á los males,  
El descanso y la paz, de que ya goza  
La que tú lloras; tú que por el suelo  
Arrastras como yo la dura carga.—*Martínez de la Rosa*.



"cer á todo hombre sensato de la inmortalidad de la sustancia que les ha producido? ¿No es en efecto absurdo el creer que aquella inteligencia sublime que respira bajo tu pluma, es el resultado de una materia vil, que no bien ha llegado á su desarrollo en la edad madura, cuando ya declina rápidamente á la vejez y se reduce á polvo en el sepulcro?"<sup>1</sup>

Cuando nos detenemos á observar con mas ó ménos espacio lo que se verifica en la especie animal, á fin de compararlo con lo que pasa en el hombre, hallamos mil diferencias, inexplicables todas, si no ha de contarse con la inmortalidad del alma. Esta verdad es inconcusamente la clave de todo; porque faltando ella, nada podemos comprender entre la multitud de fenómenos que ofrecen á nuestra investigacion, por una parte los instintos limitados del bruto, y por otra los arranques indefinidos de la inteligencia. Oigámonos á un autor de estos últimos tiempos, que aplicándose mas y mas al conocimiento de la naturaleza y á las relaciones de los seres, ha trazado con admirable concision, exactitud y claridad, el cuadro comparativo de los destinos y facultades del hombre y del bruto. Los animales, dice, están destinados á servir á las necesidades del hombre, y este á dominar sobre los animales y demas seres de la naturaleza: aquellos no poseen el lenguaje articulado, no pueden adquirir ideas, no han nacido para *conocer*; todo lo contrario sucede con el segundo. Nada importa la sociedad para el bruto, la sociedad que para el hombre es una necesidad imperiosa. Aquel nace perfecto, es decir, con todas las facultades que necesita para vivir: el hombre nace imperfecto, pero perfectible. No está ligado el bruto con deberes ningunos, al paso que el hombre vive siempre bajo el imperio de las leyes morales. Para nada en lo absoluto ha menester el primero de conocer las propiedades de los cuerpos que le rodean, puesto que halla en su organizacion cuanto exige la conservacion de su vida: mui al contrario sucede con el hombre, que se halla con mucha frecuencia en el estrecho caso de modificar los objetos externos, á fin de que sirvan á la satisfaccion de sus necesidades, puesto que para esto no basta su organizacion física. ¿Para qué quiere el bruto la inteligencia, cuando nace con toda la perfeccion que exige su destino! Mas el hombre nunca deja de ser perfectible, y siempre se halla en el caso de apelar á su razon. Los brutos están sujetos á su organizacion; mas no pueden exceder

1 Verry, Nuits Romaines, 5.º nuit, 6.º entret.

nunca estos límites, y he aquí por qué el hombre los sujeta; el hombre esta servido por órganos; pero incapaz de contentarse con los recursos que estos le suministran, busca en otra parte, y encuentra de facto, innumerables y eficaces medios con que suple á la limitacion de su economía animal. Los brutos, constante y únicamente dirigidos por el instinto, no son capaces nunca de dominarle, ni les convendria tampoco: el hombre es dirigido por la razon, que predomina en él, y en consecuencia de esto es dueño de contener y sujetar sus impulsos instintivos, y el obrar así es mui conforme á su dignidad y á su bien. Las afecciones del bruto son instintivas, como sus actos; sus deseos mui reducidos, como sus necesidades: no puede manifestar sus efectos sino por los movimientos limitadísimos de su fisonomía; sus funciones de expresion son extrañas á las *ideas de la naturaleza de los seres*; no tiene una voluntad libre, nunca puede triunfar de sus sensaciones, contrariar sus deseos, ni oponerse á sus inclinaciones; jamas huye del placer, ni sabe resistir al dolor; obedece á sus órganos, porque ha de vivir aislado y sin deberes; el instinto moral y la conciencia le son desconocidos, y sus medios locomotores están exactísimamente proporcionados á sus necesidades orgánicas. ¿Cuán otro se muestra el hombre bajo todos estos aspectos! Sus efectos morales son intelectuales, como sus acciones; sus deseos se extienden á lo infinito; cuenta, para expresar sus ideas y sentimientos, no solo con movimientos fisionómicos extremadamente variados, sino con gestos y actitudes numerosas, con una infinidad de expresiones vocales, con el lenguaje articulado, las artes industriales y las bellas artes: sus funciones de expresion son propias para representar *las ideas de las relaciones de los seres*. Su voluntad es libre, resiste á las inclinaciones mas vivas, á los deseos mas ardientes, á las tendencias que tienen mas poder; renuncia el placer y sufre el dolor en las circunstancias en que la razon lo exige; se entrega á la muerte, cuando la virtud le prescribe esta accion como una lei; manda, en fin, á su organizacion, porque debe vivir con sus semejantes y tiene deberes que cumplir; posee el instinto moral y la conciencia: en fin, sus medios locomotores, á los cuales suple su inteligencia, traspasan con mucho los límites de sus necesidades.<sup>1</sup>

Este cuadro comparativo entre los instintos del bruto y las potencias y facultades del hombre, nos conduce naturalmen-

1 Bland. Traité élém de physiol. philosoph., t. 1.º, pág. 208. Se ha tomado de este autor el fondo de las ideas, pero se ha variado la redaccion.



te á formar una sencilla reflexion, en que vemos una prueba incontrastable de nuestra inmortalidad. El bruto nace ya con todo lo necesario para llenar sus destinos en el curso de la vida; y están tan proporcionadas sus perfecciones á su existencia, que cuando muere, se verifica una completa consumacion: porque nada de lo que el bruto tiene se extiende á mas que sus necesidades físicas, ni se encamina á otro objeto que la conservacion individual. Al contrario sucede con el hombre: la vida humana es mui pequeño y reducido teatro para la accion de su pensamiento: léjos de estar limitado á las propias necesidades de la conservacion, extiende su mirada mas allá del sepulcro, concibe y ejecuta designios que han de servir á los goces de una inmensa posteridad; muere, y muere pensando en la vida: abandona las riberas del tiempo, pero en el instante mismo en que mira romperse los velos que le ocultaban los atrios inmensos de la eternidad. ¿Cómo explicar esto? ¿Serán iguales los resultados, cuando han sido tan desiguales los medios? Habrán de revolverse para siempre el polvo del hombre y el polvo del bruto? Destruid el dogma de la otra vida, y la razon humana quedará á vuestros ojos como una triste condicion del hombre, como una fuente de miseria, una tentacion continua y desesperadora, como un distintivo de tinieblas, y no como un destello purísimo de la luz increada.

### CAPITULO III.

#### PRUEBAS FUNDADAS EN LAS INCLINACIONES Y SENTIMIENTOS MAS COMUNES ENTRE LOS HOMBRES.

¿Y qué dirémos de las inclinaciones y de los sentimientos que ennoblecen la especie racional? Es preciso, á la vista de ellos, recurrir á la inmortalidad del alma; porque si no, todo queda inexplicable. ¿Cómo atribuir en efecto á una sustancia destructible y perecedera ese noble amor que el hombre tiene á la gloria y á la verdad, esos movimientos apasionados que le llevan al heroísmo, ese arrebató de la ambicion que le impele hácia las grandes empresas, esas inclinaciones felices que le hacen amar la beneficencia y las virtudes tranquilas, ese fuego divino con que están animadas las obras maestras de la elocuencia y de la poesía!

Todo anuncia en el hombre su conviccion profunda de la inmortalidad del alma. Ese deseo insaciable de felicidad

que siempre le agita, esa conciencia que siempre le estimula, esa prevision que donde quiera le sigue, esa inclinacion irresistible á dejar en pos de sí un recuerdo de su nombre, cierta especie de adhesion á todo lo indefinido é ilimitado, y hasta el mismo recogimiento religioso con que se acerca á la morada de los muertos: todo esto es un brillante testimonio de su creencia y una revelacion sublime de su inmortalidad. Procuremos recorrer estos diversos puntos, bajo el orden que acaba de indicarse, en los capitulos siguientes.

### CAPITULO IV.

#### DESEO DE LA FELICIDAD.

¿No es cierto que hai en nuestro corazon una propension irresistible hácia la felicidad? ¿No lo es igualmente, que no se encuentra, durante la vida, una satisfaccion plena que contente este noble deseo? “Nuestras pasiones, dice el inmortal autor del *Genio del Cristianismo*, pueden saciarse fácilmente en la tierra: el amor, la ambicion, la cólera, tienen una plenitud asegurada en sus goces; solo la necesidad de felicidad carece aquí de satisfaccion, como de objeto; porque no se sabe lo que es esta felicidad que se desea.”<sup>1</sup>

Frecuentemente se engaña sobre los medios de llegar á ella; mas aun cuando está labrando su propia desdicha, busca invenciblemente su felicidad. ¿Pero llega á encontrarla alguna vez en toda la plenitud que desea? No: atormentado por vagas esperanzas, se figura el porvenir mejor que lo presente; en la juventud aspira á la edad madura; llegando á la edad madura, lamenta el término de la juventud; pero siempre se lisonjea con esperanzas. Corre tras la fantasma que huye delante de él, llega á la vejez y á las puertas del sepulcro, *arrastrando*, dice Bossuet, *la larga cadena de sus esperanzas frustradas*. ¿Por qué pues tanta ambicion por una parte, y tanta impotencia por otra? ¿Por qué cada uno se queja de su suerte, y envidia la de los otros? ¿Por qué el corazon humano se abre sin cesar, como si quisiese absorber el mundo entero? ¿Por qué siente irritarse sus deseos á medida que se satisfacen? Porque su destino no está

<sup>1</sup> Lib. 6.º chap. 1.



encerrado en los límites del mundo; porque todo lo que no sea la *inmortalidad* es indigno del rei de la creacion.<sup>1</sup>

En efecto, si el hombre perece todo, la naturaleza se ha engañado á sí misma, dándole una inclinacion sin objeto y sin esperanza: absurdo incompatible del todo con las ideas exactas de orden y perfeccion, que nos suministra la contemplacion de la naturaleza. Al contrario, si el alma es inmortal, esta felicidad que buscamos deja de ser un nombre vano; se comprenden fácilmente su existencia y sus gozes; nuestros deseos tienen un objeto determinado, y nuestras esperanzas un fundamento sólido y un apoyo seguro.

### CAPITULO V.

#### ESTIMULOS DE LA CONCIENCIA.

Este sentimiento, que nos impele hácia la felicidad, mantiene constantemente á nuestro corazon en una alternativa de paz y de inquietud, de placer y de dolor. Esta alternativa sigue la razon directa de nuestra conducta; y prevalece, ya en la intensidad, ya en la duracion, un sentimiento ú otro, segun la naturaleza de las acciones que practicamos. Cuando el hombre se abandona al impulso loco de las pasiones, lejos de hallar una satisfaccion pura y un contento verdadero, paga, por lo comun, un placer del momento con largas y penosas inquietudes, que le persiguen por todas partes y le maltratan sin cesar. Estas inquietudes mortales, que se conocen con el nombre de *remordimientos*, deben mirarse tambien como una prueba incontrastable de nuestra inmortalidad. En efecto, el hombre no se agitaria tanto, si pudiera estar seguro de que todo acaba en la muerte: porque nada tendria que temer mas allá del sepulcro, y seria, por tanto, dueño de la quietud mas completa, con solo reservar sus crímenes en los profundos secretos de su corazon. Pero no hai reserva que triunfe del poder irresistible de los remordimientos, ni recurso en lo humano para ahogar los clamores penetrantes de una conciencia agitada. En vano el corrompido ateo llena sus libros de cavilaciones y sarcasmos contra el dogma sacrosanto de la otra vida: nada pueden los sofismas del espíritu contra la voz elocente del remordimiento. "Si el vicio, dice el autor citado, no es mas

<sup>1</sup> Delalle.

"que una consecuencia física de nuestra organizacion, ¿de dónde viene aquel espanto que perturba los dias de una prosperidad culpable? ¿por qué motivo es tan terrible el remordimiento, que prefieren muchos someterse á la pobreza y á todo el rigor de la virtud, ántes que adquirir unos bienes ilegítimos? ¿por qué hai una voz en la sangre, y una palabra en la piedra? El tigre despedaza su presa, y duerme; el hombre llega á ser homicida, y se desvela: busca los lugares desiertos, y sin embargo, le espanta la soledad; se arrastra en torno de los sepuleros, y teme sin embargo á los sepuleros. Su mirada es movable é inquieta; no se atreve á fijarla en el muro de la sala del festin, temeroso de leer allí los caracteres funestos. Sus sentidos parecen mejorarse con el fin de atormentarle: ve en medio de la noche luces amenazadoras; siempre está rodeado del olor de la carnicería; descubre el sabor del veneno en los manjares que él mismo sazona; su oido, con una extraña sutileza, encuentra ruido donde todo el mundo halla silencio; y cree sentir el puñal oculto bajo la ropa del amigo á quien estrecha entre sus brazos."<sup>1</sup>

Concluyamos pues afirmando con entera seguridad, que estos remordimientos penosos son la consecuencia precisa de la inmortalidad del alma, y una voz constante que Dios ha querido mantener en cada uno de los hombres, para enderezar la conducta de todos al fin divino que se propuso cuando nos hizo á su imágen y semejanza.

### CAPITULO VI.

#### PREVISION.

Uno de los rasgos característicos del hombre, y que mas distingue sus facultades internas de los instintos del bruto, es la *prevision*. Propende con tal fuerza el hombre á extender sus miradas mas allá de lo presente, que su prevision es no solo una facultad, sino un sentimiento dominante. No sé qué encanto desconocido, pero irresistible, tienen para nosotros las tinieblas del porvenir; pero el hecho es que á medida que se perfeccionan nuestras potencias, se aumenta nuestro interes por lo que no sucede todavía, y crece en nuestros ánimos el deseo de vivir en lo futuro. "El buen

<sup>1</sup> Génie du Christianisme. Liv. 6.º chap. 2.



rumia sin desconfianza junto á la mole inmensa que amenaza su vida; el cordero padece tranquilamente bajo el cuchillo que va á degollarle; y el noble corcel que se excede por servir á su señor, se inquieta poco de los malos tratamientos que la ingratitude le prepara en su vejez. El hombre al contrario, experimenta alternativamente el temor de la muerte, el estrago de las pasiones, la prevision funesta del mal; y en la mas noble parte de si mismo, agota, digámoslo así, la deplorable facultad de sentir toda la extension de sus miserias.<sup>1</sup> De aquí nace, como de un manantial inagotable, aquel sentimiento irresistible, que dejando atras todo lo presente, le traslada sin esfuerzo hasta el lejano y oscuro porvenir.

Observad uno de esos hombres que el mundo llama felices: ¿se ve rodeado por todas partes de ricos tesoros? ¿habita los soberbios palacios? ¿recibe de continuo los espléndidos tributos que ofrece la admiracion á la celebridad y á la grandeza? Pues guardáos de creer que este mortal, que parece tan dichoso, halle sobrado extenso el círculo de lo presente, para reducir á él todas sus ideas y todos sus sentimientos: vedle por el contrario, agitado por el deseo de esa felicidad desconocida, que no ha descubierto ni ménos probado todavía; vedle consumido por los remordimientos que acompañan de ordinario á la posesion de las riquezas, al ruido de la fama y á los prestigios seductores de la falsa gloria: vedle por último, salvar los límites de lo presente y buscar solícito con la luz de la prevision, los peligros que amenazan á su prosperidad y á su magnificencia. Ni el curso de los años, ni la presencia de la senectud, ni la conviccion plena de una muerte ya mui inmediata, debilitan el vuelo de la prevision, y el atractivo misterioso del porvenir. ¿Por qué incomprensible magia, esta criatura tan limitada en sus goces, tan oscura en su razon y tan rápida en su existencia, no quiere abandonar un solo instante la contemplacion del porvenir? ¿Qué ve mas allá del sepulcro; cuando la misma cercanía de la muerte, léjos de entibiar este sentimiento, le comunica nuevos impulsos y derrama un interes mas grande sobre la escena misteriosa de lo futuro?

¿Se trata de un hombre desgraciado, que está apurando hasta las últimas heces del dolor? Mirad cómo la noble resignacion parece extenderse por su frente atribulada; miradle cómo no desespera nunca, y con qué noble paciencia arrastra el insoportable peso de las enfermedades, de la mi-

1 Verry Nuits romaines, 6.º mit, 5.º entretien.

seria, de la calumnia y de la mas tenaz y empeñada persecucion. Si la muerte todo lo consume y acaba, ¿por qué no se lanza de una vez al sepulcro? ¡Ah! no le convenceréis nunca: él os dirá que el infortunio no carece de encantos, y que la esperanza no se consume en el fuego de la tribulacion: tenderá su vista sobre ese horizonte que no tiene límites, y cansado del espectáculo de la tierra, levantará tranquilo sus ojos á los cielos: buscará incesantemente un apoyo contra la adversidad, “no en sí mismo, dice el célebre autor de las *Noches romanas*, no tampoco en la tierra, “donde todo parece respirar infortunio; sino en el cielo, de “donde la súplica hace descender el consuelo al seno de “los desgraciados que le imploran. ¿Qué insensatos y culpables á un mismo tiempo son esos escritores, que en la “depravacion de su corazon consagran sus talentos á privar á los hombres de los socorros que en abundancia magnífica les suministra el solo recuerdo de su inmortalidad, “dogma sin el que, la razon está sin guia, el error sin remedio, sin freno el vicio, y la virtud sin recompensa.”<sup>1</sup>

## CAPITULO VII.

### ADHESION A LO INDEFINIDO E ILIMITADO.

Examinando atentamente lo que pasa dentro de nosotros, apenas harémos una reflexion que no despierte luego el sentimiento de la inmortalidad. Entre lo mucho que puede decirse sobre esto, elegirémos una breve y sencilla observacion. No puede negarse que el espíritu de novedad, es decir, el deseo de renovar constantemente nuestros goces y hasta nuestros pensamientos mismos, es un rasgo característico del hombre. Apenas habrá uno que no haya sentido muchas veces en su vida eso que se llama *desazon*, ó sea una especie de fastidio causado por la continuacion de las mismas cosas. Tal vez los progresos de las ciencias y de las artes, la consagracion al lujo y á la moda, el cultivo mas frecuente de la imaginacion y hasta una gran parte de las vicisitudes políticas, traen su principio de esa inclinacion á la novedad. El hombre no se halla bien en su presente estado, porque siempre le halla perfectible; y se diria que desdén las cosas desde el instante que las comprende. El

1 Nuits romaines. 5.º mit, 6.º entretien.



guerrero no quiere detenerse mucho en las nuevas plazas que conquista, porque anhela incesantemente por el progreso de sus victorias; progreso que parece establecer un orden sucesivo en los designios de su entendimiento y en los placeres de su corazón: el artista goza por algunos días los encantos de la sorpresa que ha causado su genio á la admiración; pero muy pronto entra la calma, los sentimientos siguen su curso ordinario, y ha menester él, en cierto modo, de multiplicar las creaciones, para prolongar con los trasportes del pueblo las ilusiones felices de la gloria contemporánea. Las academias científicas aseguran al sabio que las ilustra, la consideración que se debe á los grandes conocimientos; pero no coronan dos veces con la exaltación del entusiasmo ninguno de los descubrimientos: se aplaude al principio; pero algún tiempo después solo se tributa una especie de consideración distinguida. El poeta sabe muy bien, que sin la novedad poco ha conseguido; y por esto se abandona constantemente á los bellos delirios de una imaginación criadora. Nada pues triunfa de aquella indiferencia que es consiguiente á la repetición de unas mismas cosas siempre limitadas; y por esto sale constantemente de esta ley común cuanto no tiene límites. “El alma, dice Chateaubriand, está pidiendo eternamente: apenas ha conseguido el objeto de sus deseos, y ya pide otro: el universo entero no la satisface. Lo infinito es el campo único que le conviene: gusta ella de perderse en los números, de concebir las mas grandes y las mas pequeñas dimensiones. En fin, enchida y no satisfecha de cuanto ha devorado, se precipita en el seno de Dios, donde vienen á reunirse las ideas del infinito en perfección, en tiempo y en espacio; pero ella no se sumerge en la Divinidad, sino porque esta Divinidad está llena de tinieblas. Desde el momento en que lograse verla con entera distinción, la desdenaría tal vez, como desdena todos los objetos que mide.”<sup>1</sup>

¿De dónde viene pues, este fastidio del estado presente, este noble desden con que mira el alma todo lo que se mide y numera, esa inclinación dominante á lo que es grande é indefinido? Cómo explicar estos raptos sublimes, sino como otras tantas consecuencias de la inmortalidad del alma. Si el hombre desdena la muerte, es porque satisfecho de que no muere todo en él, aguarda mas allá de la tumba el rico patrimonio de sus grandes virtudes: si la teme, es á consecuencia del incierto porvenir que se le espera: si pre-

1 Génie du christianisme, liv. 6.º chap. 1.º

vee sin cesar, es porque su prevision tiene un objeto que no está subordinado á las leyes de los siglos: si se disgusta siempre de la monotonía, es porque se contempla superior á todo lo que comprende y abraza: si gusta, en fin, de lo indefinido, es porque aquí está cerca de lo infinito, donde gozará sin medida, sin cansancio, y donde eternamente estará sumergido en un océano de gloria que no puede sondear.

#### CAPITULO VIII.

RESPECTO A LOS SEPULCROS.—HONORES FUNEBRES.—AMOR DE LA GLORIA Y DE LA INMORTALIDAD.

Concluyamos estas observaciones con una que merece toda nuestra atención. En todos los pueblos y en todos los siglos se han honrado siempre las cenizas de los muertos, se han visto con respeto los sepulcros, se han acostumbrado homenajes fúnebres para celebrar las grandes acciones de los que ya no viven, se ha profesado un amor grande á la gloria póstuma, y los hombres todos han sentido una inclinación irresistible á la inmortalidad. Si el alma no es inmortal, ¿cómo explicar todo esto? ¿qué interés puede inspirar una pequeña porción de polvo, es decir, de lo que hai mas insignificante en el conjunto de la materia? No es posible creer que este instinto de todo el género humano, este sentimiento que no se ha menoscabado con el trascurso de los siglos, sea una cosa vana y sin objeto, un efecto del capricho, una obra de la casualidad. El capricho es por su naturaleza singular y pasajero; es débil y variable, y no pudiera por lo mismo reunir en un sentimiento común á todas las generaciones que existen y han existido. Hai pues una cosa mas real y un motivo mas permanente y sólido en estos instintos comunes de todo el género humano. Sin duda que los vivos no respetan las tumbas, sino porque las ven custodiadas por el espíritu de sus mayores; sin duda que no ofrecen sus tributos á los muertos en la inteligencia de que han vuelto á la nada, sino porque imaginan que habitan en una region superior, á donde llegan sin dificultad los ecos del mundo. No es creíble que los amantes de la gloria póstuma estén en la inteligencia de que después de la muerte han de ser insensibles á los honores con que haya de recompensarles una posteridad reconocida; y es imposible persuadirse que ese horror que todos tienen á la nada y ese



amor vivo y dominante que todos profesan á la inmortalidad, sean unas afecciones quiméricas, unos sentimientos sin causa y sin objeto.

“En el sepulcro, dice Chateaubriand, por un encanto invencible, la vida está unida á la muerte; y la naturaleza humana se muestra en él superior al resto de la creacion y declara sus altos destinos. ¿Conoce la bestia el féretro, ni se inquieta por sus cenizas! ¿Qué le importan los huesos de su padre! ¿Sabe siquiera quién es su padre, cuando han pasado ya las primeras necesidades de la infancia! ¿De dónde nos viene á nosotros la poderosa idea que tenemos de la muerte! ¿Merecen por ventura nuestros homenajes algunos granos de polvo! Sin duda que no. Si respetamos las cenizas de nuestros mayores, es porque una voz nos advierte de que no todo se ha extinguido en ellos. Esta es aquella voz que ha consagrado el culto fúnebre en todos los pueblos de la tierra: porque todos están igualmente persuadidos de que el sueño no es durable ni aun en el sepulcro, y que la muerte no es mas que una trasfiguracion gloriosa.

Aludiendo Ciceron al universal concepto que habian tenido los hombres mas insignes acerca de la inmortalidad del alma, y deteniéndose particularmente en la veneracion religiosa que se tenia á los sepulcros, se explica de esta manera: “No es posible que hombres de tan extraordinario ingenio y sabiduria hayan respetado con tanta religiosidad los sepulcros, ni condenado á penas tan fuertes á las personas de aquellos que habian cometido el crimen de violarlos, si no hubiesen estado persuadidos de que la muerte, lejos de ser una destruccion que todo lo acaba y extingue, debia mirarse mas bien como cierta especie de trasmigracion ó mudanza de vida, que dirige al cielo á los hombres y mujeres distinguidos por sus buenas acciones. Lleno de estas grandes ideas, que eran las mismas de nuestros padres, y conforme al ruido de la fama, exclamó Ennio:

*Rómulo está en el cielo, y vive con los Dioses.*<sup>2</sup>

“Estas pompas fúnebres, estos lúgubres aparatos tienen por motivo nuestra persuasion de que la persona que amamos, aunque privada de la vida, es susceptible de todos

1 Génie du christianisme, liv. VI, chap. III.

2 Ciceron. Quæst. tusc. lib. I.º, § XII.

nuestros sentimientos; y esta persuasion nos viene sin duda de la naturaleza, y no por cierto de la reflexion y el estudio.”<sup>1</sup>

“Pero el mas grande argumento de que podemos servirnos á este propósito, porque prueba que la misma naturaleza decide en silencio nuestra inmortalidad, es el ardor con que todos los hombres trabajan por unos designios que no han de venir á tener su cumplimiento sino despues de la muerte.”

“Al mismo tiempo que el diligente labrador planta algunos árboles, cuyos frutos no ha de ver nunca, ¿un hombre no planta, digámoslo así, instituciones y repúblicas! ¿A qué fin el empeño de tener hijos, de propagar el nombre, de adoptar niños! ¿Por qué esa nimia escrupulosidad en los testamentos! ¿Qué significan, por último, los grandes monumentos que se unen á los sepulcros, y las inscripciones gratulatorias, sino que nosotros todos estamos ocupados igualmente del porvenir!”<sup>2</sup>

“Y qué, ¿podrémos persuadirnos que tantos varones insignes como han derramado su sangre por el bien de la república, pensaban de otra manera! ¿Creerian que su grande nombre habria de acabar en el mismo término que su vida! No: jamas hombre alguno, sin una esperanza firme de inmortalidad, se hubiera ofrecido á la muerte por su patria. Temístocles, y tambien Epaminondas, hubieran podido, no lo dudéis, pasar una vida quieta; y para no buscar ejemplos extranjeros y tan lejanos, yo mismo habria podido gozar esa tranquilidad. Pero no sé cómo está fuertemente radicado en nuestras almas cierto presentimiento grande de los futuros siglos, presentimiento mas fuerte y manifiesto en los grandes ingenios y en las almas sublimes. Quitad este presentimiento, y decidme: ¿quién seria tan demente que se resolviese á vivir siempre en medio de los trabajos y peligros! Hablo aquí de los hombres de estado: ¿qué diré de los poetas! ¿No pretenden ellos eternizar su memoria!

*Este retrato contemplad, romanos,  
Del viejo Ennio, que de vuestros padres  
Pintó los hechos de eternal memoria.*

Este poeta reclama con instancia, de los romanos, por ha-

1 Ciceron. Ib. §. XIII.

2 Ib. §. XIV.



ber cantado la gloria de sus mayores, una recompensa de gloria: el mismo decía:

*Nadie me honre con lágrimas, ni erija  
Noble aparato funeral; yo vivo,  
Y por la voz de los que existen vuelo.*

Pero ¿á qué hablar de los poetas! También los artistas quieren immortalizarse. ¿Por qué Phidias grabó su retrato sobre el escudo de Minerva, ya que no le fué permitido inscribir su nombre? Pasemos á nuestros filósofos. ¿No es cierto que hasta en aquellos libros que escriben sobre el menosprecio de la gloria, gustan de colocar sus nombres? Si pues el consentimiento de todos los hombres es la voz de la naturaleza, y si todos los hombres, de cualquiera parte que sean, están persuadidos de que mas allá de la muerte hai alguna cosa que á todos nos interesa, debemos, por tanto, suscribirnos á esta opinion. Y si aquellos que sobresalen por el talento y la virtud son, á nuestro juicio, por su genio superior, los que mejor conocen los impulsos de la naturaleza, es verosímil que despues de su muerte hayan de conservar el sentimiento de alguna cosa, puesto que se consagran con tal empeño á merecer la estimacion de la posteridad.”<sup>1</sup>

“Penetrado de estos principios Sócrates, al instante mismo de ser condenado á muerte, no quiso buscar patrono que defendiese su causa, ni presentarse él mismo á sus jueces en ademán de suplicante: manifestó, sí, una contumacia noble, que no traía su origen del orgullo, sino de la grandeza de su alma. En el último dia de su vida discurria sobre esta materia mui largamente: poco ántes no quiso fugarse de la prision, aunque le hubiera sido mui fácil; y cuando ya tenia en sus manos la bebida fatal, habló de tal manera, que no parecia estar próximo á perder la vida, sino disponiéndose ya para subir á los cielos.”<sup>2</sup>

Así se explicaba un filósofo gentil, cuyos recursos estaban limitados á las luces de la razon. El veía difundido por todas partes, y mas particularmente entre los grandes hombres, este amor de la gloria, esta inclinacion irresistible á merecer el recuerdo de la posteridad; y al ver cómo sacrificaban muchos, como Sócrates, su misma existencia, no solo sin temor, sino con una confianza generosa, no halla ninguna explica-

<sup>1</sup> Ciceron. Ib. §. XV.

<sup>2</sup> Ciceron. Ib. §. XXIX.

cion natural que pudiera darse sobre esto, si hubiese de negarse el dogma sublime de la immortalidad. En efecto: ¿cómo explicar este amor á la gloria, este desden generoso de la muerte, si todo muere en el hombre! ¿Qué interes podria inspirar este recuerdo de la posteridad, tan ambicionado entre los genios mas esclarecidos! ¿Podria nunca ser esta una recompensa digna de tan costosos sacrificios, si el hombre, despues de morir, fuese insensible á tales recuerdos?

“Este homenaje y respeto, dice Feller, serian una locura de parte de los que les tributasen; porque, ¿á quién les daban! Honrar lo que no es ni existe, reservar su estimacion para la nada, solo puede hacerlo un loco rematado.” ¿Y seria ménos fatuo el que ambicionase tales elogios! “¿Qué me importa lo que dirán ó pensarán de mí cuando yo no exista! ¿No es mucho mejor vivir y sentir, que morir para que hablen de mí!”<sup>1</sup> Esta inclinacion pues á la gloria, y estos homenajes que los vivos tributan á los muertos, todo lo cual está fundado en un sentimiento profundo é irresistible, seria inexplicable si el alma no fuese inmortal.

Pero, ¿qué prueba mayor de este dogma, que el universal deseo de immortalidad! “El deseo de la immortalidad es uno de aquellos sentimientos constantes, invencibles y universales, contra los cuales seria del todo inútil y vano luchar: cuanto hai dentro y fuera de nosotros nos advierte que el hombre tiene horror á la nada, que quiere vivir siempre, y no con la vida corporal, cuyo fin prevee, sino con otra vida que no debe acabar nunca. Dirigido por esta inclinacion irresistible, busca en todas partes la immortalidad: quiere vivir en sus obras, en la opinion de los otros, en la memoria de aquellos á quienes conoce; y no puede pensar, sin un horror secreto, en la posibilidad de ser aniquilado en la muerte. Sí, yo invoco, en apoyo de esto, el testimonio de la conciencia universal: aun el impio, que blasfema de la Providencia y querria poner su infame vida bajo la proteccion de la nada, no puede mirar sin espanto ese espectro inmundo que invoca en el lecho de su muerte. Su alma, oprimida entre dos terrores opuestos, el de la justicia divina y el de su aniquilamiento absoluto, escoge este último, como el ménos formidable, y exclama con una ansiedad desesperadora: *La muerte del hombre es pues como la de la bestia.*”<sup>2</sup> Mas no por esto mira tal acontecimiento como un bien; y si en el momen-

<sup>1</sup> Cath. philosoph. lib. 2.º, cap. 2.º, núm. 159.

<sup>2</sup> Ergo unus est hominis interitus et jumentorum. Eccles. 3, 19.



to mismo que pronuncia estas palabras, pudiese alguno garantizarle una existencia eterna con la impunidad, á lo ménos con una felicidad semejante á la de aquellos á quienes la justicia humana tiene condenados á un trabajo forzado, palpitaría de gozo y de esperanza. Y si tal sucede aun con el criminal, ¿qué diremos de aquel que ha visto correr sus días en el ejercicio de la virtud, y que ha cumplido fielmente con lo que debe á Dios, al prójimo y á sí mismo! Si pudiese convocarse á todo el género humano, y preguntarle: ¿qué deseas mas? respondería con una voz unánime: *La inmortalidad.*"

"¿Pero cómo habria Dios impreso tan profundamente este deseo en nuestros corazones, si quisiera engañar nuestra expectativa y arrancarnos esta existencia, hácia la cual nos sentimos inclinados desde el fondo de nuestras entrañas! ¿Qué tormento para un ser que tan ávidamente se lanza en un porvenir indefinido, el saber que este porvenir ha de escapársele, y que ha de llegar un día en que no quedará de él sino un puñado de ceniza y algunos huesos calcinados! ¿Extraño sistema, que á fin de hacer evitar el infierno á los malhechores declarados é incurables, pretendiese convertir la presente vida en un suplicio infernal para la humanidad entera! Y en este sistema espantoso, ¿qué sería de la bondad divina! ¿No podría asegurarse que el Omnipotente no nos puso en la tierra sino con el objeto de hacer un ensayo ridículo de la tiranía mas caprichosa que pueda imaginarse! No: el Dios que yo adoro no es un cruel que se complazca en atormentarme con la sed devoradora de una felicidad quimérica: no podré resolverme á creer jamas que este Ser soberano me haya hecho tan grande, á fin únicamente de tratarme con ménos compasion que á los animales que se ha dignado someter á mi imperio.<sup>1</sup>

## CAPITULO IX.

### SOLUCION DE ALGUNAS DIFICULTADES.

Despues de haber manifestado que el alma, léjos de tener en sí ningun principio de destruccion, descubre en su naturaleza, en sus potencias, inclinaciones y sentimientos mas

<sup>1</sup> Delalle, Cours de contro. catholique, t. 3. °, pág. 536, edit. de Paris de 1839.

constantes, que es una sustancia inmortal, no será fuera de propósito resolver algunas objeciones que suelen proponer contra este dogma los enemigos de la religion y de la humanidad.

### §. I.

#### PRIMERA OBJECION.

*Examinando mui detenidamente las relaciones íntimas que hai entre el alma y el cuerpo, se advierte que esta ha sido criada para regir y gobernar á aquel. Cesando pues este de existir, debe concluir aquella, puesto que ya no tiene objeto ninguno.*

Dirigir y conservar el cuerpo, y preservarle de los peligros que le amenazan, es uno de los objetos del alma, pero no el único. Si los cuidados del cuerpo fuesen el único objeto de la creacion del alma, todas las potencias de ésta no se versarian mas que en las necesidades corporales, y sus pensamientos, reducidos á lo puramente físico y de conservacion, no establecerian diferencia ninguna entre el hombre y el bruto. ¿De qué le serviría en este caso tener el conocimiento de Dios, la nocion del bien y del mal moral, y el sentimiento de la libertad, que le hace capaz de escoger entre el uno y el otro! ¿Un Criador sabio le habria dado facultades sin objeto, sin designio y sin motivo! Cuando vemos al alma elevarse tánto sobre el cuerpo, y en cierto modo separarse de él por sus meditaciones, por sus afecciones, por sus deseos, por su voluntad, tenemos sobrados derechos de concluir, que el cuerpo no es ni ha podido ser el único objeto del alma. Para incidir en este error, sería necesario no tener conocimiento ninguno del hombre, é ignorar absolutamente los progresos del entendimiento humano. Si el alma no se ocupase mas que en dirigir y conservar el cuerpo, ¿á qué estarían reducidos sus conocimientos! Habria ciertamente diferencias casi imperceptibles entre sus potencias y el instinto animal. ¿Qué basta para llenar un objeto tan limitado como el de dirigir el cuerpo! Cuanto se necesita para nutrirle, conservarle y robustecerle. Ahora bien; si el bruto cuenta con todo esto, puesto que se nutre, conserva y robustece, sin otros recursos que su propio instinto, claro es que el alma tampoco necesitaria de otra cosa para obtener el mismo resultado, que del instinto animal. Pero ella se conduce de otra suerte: forma ideas abstractas, las combina, y adquiere conocimientos mui elevados sobre la materia: